

COMEDIA FAMOSA  
 TODO ES DAR EN UNA COSA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA (1)

GONZALO PIZARRO.	DON MARTÍN.
DON ALVARO DURÁN.	HERNANDO CORTÉS.
DOÑA MARGARITA.	UN MAESTRO.
DOÑA BEATRIZ,	UN PAJE.
DON FRANCISCO.	PIZARRO, <i>muchacho</i> .
CARRIZO, <i>pastor</i> .	UN PAGADOR.
CRESPO, <i>idem</i> .	UN CAPITÁN.
BERTOL, <i>idem</i> .	ROBLEDO, <i>soldado</i> .
PULIDA, <i>pastora</i> .	TRES PASTORES.
MEN GARCÍA, <i>viejo</i> .	QUIRÓS, <i>soldado</i> .
DON RODRIGO, <i>idem</i> .	ISABEL, <i>reina</i> .
DON FRANCISCO CABEZAS.	

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

*Sale doña MARGARITA leyendo un papel.*

(*Lee.*) «Dos intérpretes, señora, de diversa calidad, sirven á la voluntad en favor del que os adora. Amor, que en los ojos mora, tal vez con ellos anima; á quien secretos estima la lengua los manifiesta; con tierna claridad ésta, los otros con dulce enigma. Hállome favorecido, en los vuestros cada instante, que su luz gozo delante, y juzgo que soy querido:

pero aunque en ese sentido amor su esfera eligió, pues por los ojos entró, siempre en ellos advertí puertas que le admitan, sí, lenguas que le expliquen, no. No usurpen ageno oficio, que se quejará la lengua de que sufráis que en su mengua tiranicen su ejercicio. Mirad que en mi perjuicio desdichas entre venturas buscan claridad á obscuras, y que siempre que ojos leo favores que delecto estriban en conjeturas. Palabras han de explicar el alma de un bien querer, que querrá la lengua ver, si quiere la vista hablar. Esta noche den lugar

(1) Figuran además en la comedia CEREZO, *pastor*; DOS SOLDADOS Y UN CRIADO.

á estilos más verdaderos; merezca yo, si no veros, oiros y ahorrar de enojos, porque andar descifrando ojos es hablar entre extranjeros». —  
 Dice don Alvaro bien; que por los ojos amor habla, mas es por mayor: con gusto los míos le ven, pero nunca sé ha atrevido á dar al recato enojos la lengua, que de los ojos el lenguaje es permitido, aunque difícil y oculto, y el alma acostumbra hablar por la lengua á lo vulgar, mas por la vista á lo oculto.

ESCENA II

*Sale doña BEATRIZ leyendo este papel.*—DICHA.

BEATRIZ. (*Lee.*) «Si en ausencia padecemos, gloria en presencia tengamos, que el tiempo que malogramos hará el tiempo que lloremos.»

MARGAR. (*Ap.*) ¿Qué es esto? ¿Hasta en el leer papeles doña Beatriz quiere imitarme?

(*Guarda doña Margarita su papel en la manga.*)

BEATRIZ. (*Ap.*) ¡Feliz ingenio! ¡Qué encarecer tan sazonado y discreto! No sé apartar de los ojos sus letras, tiernos enojos, quejas de amor con respeto, aunque sentido, templado.

MARGAR. ¿Hermana?

BEATRIZ. ¡Mi Margarita!

MARGAR. Tristeza que se limita con versos, no es de cuidado. ¿Cuyos son los que encareces y ponderativa alabas?

No ha un hora que triste estabas; enfermas y convaleces brevemente. No es cruel mal que tan presto se pasa, ni hará mucha costa en casa su cura, siendo un papel.

BEATRIZ. ¿Es eso reñirme?

MARGAR. Es esto prevenir riesgos.

BEATRIZ. ¿De qué?

MARGAR. Amor, que cerradas ve puertas, donde el gusto ha puesto, dicen que, en lugar de llave, suele abrirlas con papeles, porque á pesar de canceles ¿por dónde un papel no cabe, y más versificador, que es dos veces sospechoso?

BEATRIZ. Y en ti título forzoso jugar de hermana mayor. No perderás tu derecho por un reino.

MARGAR. Está sin madre esta casa, y nuestro padre de mi confianza ha hecho. Lloverá sobre mí el daño que en ti disculpado deja tu edad.

BEATRIZ. Sí, que eres muy vieja; aún no me llevas un año. Olvida temas prolijas, así Dios te guarde, ó di que ensayar quieres en mí cómo has de criar tus hijas, cuando casadas las tengas. Estos versos que leía no los hizo á instancia mía (por maliciosa que vengas) su autor, ni á contemplación de cosa que le desvele en mí. Muchas veces suele ya el ocio, ya la ocasión reparar en lo primero que encuentra. No sé qué alhaja en una excusabaraja buscaba, y el lisonjero papel (por tal desechado) hallé, donde envueltas vi de seda verde y turquí tres madejas.

MARGAR. En lo ajado se echa de ver lo que dices, y más en lo que encareces, su estilo, que esas dobleces (cuando no le solemnices) muestran que deben de ser de la seda que envolvías, cuando, sin verme, decías suspensa: «¡qué encarecer tan sazonado y discreto!»

BEATRIZ. ¿Pues de eso tú desvarío podrá colegir que es mío? ¿O es justo que por respeto de que para mí no viene no alabe yo la sazón de su estilo y discreción? Anda, hermana, que te tiene la envidia loca.

MARGAR. Si hará. «No sé apartar de los ojos sus letras, tiernos enojos.» Beatriz, acabemos ya. Si intentas satisfacérme, con dejárme leer podré en sus cláusulas ver si amor en ti vela ó duerme. No viniendo para ti, ¿qué te importa?

BEATRIZ. El estimarme tú en poco. Quiero vengarme de tus malicias así.

(*Quiere rasgarle, y cójesela Margarita.*)

MARGAR. Eso no, no has de rasgarle antes que yo llegue á verle.

BEATRIZ. Perderé por no perderle...

MARGAR. ¿Qué? Si vuelves á cobrarle. Suelta, necia.

(*Métese Margarita en la manga.*)

BEATRIZ. No porfies,

ni á villana correspondas,  
que aunque en el alma te escondas,  
te le he de sacar: ¿te ríes?

MARGAR. Pues ¿qué he de hacer? ¿Enojarme?  
Tengo yo más sufrimiento.

BEATRIZ. Yo no. Con tu atrevimiento  
luego habías de dejarme  
sin él y llevártele, ¿eh?  
¡Qué donoso frenesí!

MARGAR. Tenme respeto.  
*(Tira Beatriz del lenzuelo que cuelga de  
la manga de Margarita, y cáesele el papel  
que está venia leyendo, y cójele Beatriz.)*

BEATRIZ. ¿Yo á tí?  
sé cuerda y te le tendré.  
Cayóse y cobréle.

MARGAR. *(Ap.)* ¡Ay, cielo!  
que es el mío). Hermana, mira  
que ese que llevas...

BEATRIZ. Me admira  
que le deba yo á un lenzuelo  
lo que tú tiranizabas.

MARGAR. Oye, rómpeme primero  
que te vayas.

BEATRIZ. Ya no quiero.

MARGAR. ¿Pues antes no le rasgabas?

BEATRIZ. ¡Válgame Dios! ¿Qué te importa,  
Margarita, este papel,  
que tal inquietud por él  
tienes contigo? Reporta  
la sospecha que te incita,  
que el dueño que le escribió  
jamás de ti se acordó.

MARGAR. ¿No, Beatriz?

BEATRIZ. No, Margarita.

MARGAR. ¡Ay, qué engañada que estás!

BEATRIZ. ¿Luego de mí tienes celos?

MARGAR. No son esos mis desvelos.

BEATRIZ. ¿Pues?

MARGAR. Abrele y lo verás.

BEATRIZ. *(Lee para sí.)* ¡Ay! no es mío este papel.

MARGAR. ¿Ves si se acordó su autor  
de mí?

BEATRIZ. ¡Bueno es tu rigor!  
Respetaréte por él;  
repréndeme como sueles;  
vuelve á decirme muy grave  
que el amor en vez de llave  
abre puertas con papeles.  
Hipócrita de á dos haces,  
uno obras, y otro publicas:  
á lo fariseo predicas,  
que dices lo que no haces.

MARGAR. Basta, Beatriz, que sospecho  
que has perdido...

BEATRIZ. «Está sin madre  
esta casa, y nuestro padre  
de mí confianza ha hecho»  
¡bien lo que tiene en ti sabel!

MARGAR. ¿Cuándo tú así hablarme sueles?

BEATRIZ. «Porque á pesar de cancelos,  
¿por dónde un papel no cabe?»  
¡Y qué cierto! ya lo ves;  
probaste lo que has propuesto.

MARGAR. ¿Estás loca?

BEATRIZ. «No, que es esto  
prevenir daños.»

MARGAR. Ea, pues,  
baste, hermana, el cordelejo,  
que yo me doy por vencida.  
Un modo de estado y vida,  
seguimos, pendencias deajo;  
acábense en amistad,  
que si amor es nuestro Dios,  
no es bien riñamos las dos  
siendo de una facultad.

BEATRIZ. ¡Qué de ello ha si tú quisieras  
que esto estuviera ya en paz!

MARGAR. No te juzgué tan capaz  
que amaras con tantas veras;  
pero quien tan bien defiende  
prendas que el amor le da,  
el grado merecerá  
que en su escuela se pretende.  
Tu tercera quiero ser,  
si tú admites serlo mía.

BEATRIZ. Decirte de no quería,  
mas perdonar es vencer.  
Comunicarte deseo  
secretos que ya te ffo.  
Repasa este papel mío  
mientras que yo el tuyo leo;  
contarémonos después  
las dos nuestras aventuras.

MARGAR. Así estarán más seguras.  
Va de versos.

BEATRIZ. Vaya, pues.  
*(Lee doña Beatriz para sí un papel, y  
doña Margarita en voz alta el otro.)*

MARGAR. *(Lee.)* «Vulgar experiencia alcanza  
quien tiene por opinión  
que es muerte la posesión  
de su madre la esperanza.  
Yo, mi bien, que la mudanza  
tengo por fallido empleo,  
cuando en posesión me veo  
vuelvo de nuevo á esperar  
lo que tengo de gozar,  
y poseyendo deseo.  
La voluntad, que liviana,  
no es igual á la que os doy,  
no ve que lo que goza hoy  
lo ha de apeteer mañana.  
Poseí la soberana  
belleza que solicito;  
porque olvidarla es delito,  
y porque amor, siendo Dios,  
no tiene límite en vos,  
sino asomos de infinito.  
Siendo esto así, el dilatar  
será, Beatriz, padecer;  
vuélvaos mi fe á poseer,  
porque os vuelva á desear.  
Ventura, tiempo y lugar  
donde vos sabéis tenemos.  
Si en ausencia padecemos,  
gloria en presencia tengamos,  
que el tiempo que malogramos  
hará el tiempo que lloremos.»  
*(Acaban de leer una y otra.)*

BEATRIZ. ¡Posesión, Beatriz! ¿qué es esto?  
Llámanse conformidades  
de gustos y voluntades  
que amor y el cielo han dispuesto;

posesión, por el derecho  
que tiene el galán ó dama  
en la voluntad que ama.

MARGAR. No, hermana. ¡Ay, cielo! ¿qué has  
BEATRIZ. Entregarle las potencias *(hecho?)*  
del alma, que el cuerpo no.

MARGAR. Quien tiempo y lugar halló  
para tales evidencias,  
mal se vendrá á contentar  
con el alma al encenderse;  
que ésta para poseerse  
no necesita lugar,  
que no le ocupa, Beatriz,  
el espíritu.

BEATRIZ. ¿Aún porfías?  
Yo no sé filosofías;  
esto es verdad.

MARGAR. Más feliz  
es tu amante que fué el mío,  
que él en mis ojos ver pudo  
mi amor sólo, honesto y mudo,  
y aun de ellos no le confío.  
Plegue á Dios...

## ESCENA III

DICHAS, y un CRIADO.

CRIADO. Mi señor llama.

BEATRIZ. ¿A quién?

CRIADO. A vuesa merced. *(Vase.)*

BEATRIZ. Desear, es tener sed.  
Direte después quién me ama  
y honestamente desea  
lazos de un amor constante,  
y tú me dirás tu amante.

MARGAR. ¡Quiera el cielo que no sea  
perdición de nuestra casa!

BEATRIZ. Anda, incrédula, que amor  
cuando es padrino el valor,  
las almas, no la honra abrasa. *(Vase.)*

## ESCENA IV

Doña MARGARITA.

Culpaba desenvolturas  
de solos mis ojos yo,  
cuando mi hermana logró  
palabras y coyunturas.  
¡Válgame Dios! ¿quién será  
este amante poseedor,  
ó quien terciando en su amor  
á la ocasión se la da  
para que se vean los dos?  
Mas ¿qué pregunto si sé  
que amor espíritu fué  
invisible, porque es Dios,  
y que cuando á un alma abraza  
y introduce sus enojos,  
entrándose por los ojos  
mejor podrá entrarse en casa?  
Basta, que es ya poseer  
en Beatriz, lo que hasta aquí

fué sólo mirar en mí.  
Quiero volverle á leer.

*(Sale don Alvaro, y llégase sin ser visto  
por las espaldas de Margarita, que está le-  
yendo el papel.)*

## ESCENA V

Doña MARGARITA y DON ALVARO.

ALVARO. *(Ap.)* Leyendo está mi papel.  
Veré (pues no me ha sentido)  
si le alaba.

MARGAR. *(Ap.)* ¿Qué entendido!  
Mil sales vienen en él.

ALVARO. *(Ap.)* ¡Ay, cielos! letra es agena.  
Sospechas ¿á los umbrales  
salís? ¿papel con mil sales,  
y no mío?

MARGAR. *(Ap.)* Dame pena  
esto de la posesión.  
*(Lee el papel para sí don Alvaro, detrás  
de doña Margarita.)*

ALVARO. Mis desdichas en él leo,  
y entre desengaños veo  
lo que las mujeres son.  
Que la posesión la da  
pena, dice mi homicida,  
luego ya está poseída,  
luego aborreciome ya.  
¿Qué dudo, si por escrito  
lo ve mi pasión tirana?

MARGAR. *(Lee.)* «Poseí la soberana  
belleza que solicito.»

ALVARO. *(Lee.)* «Ventura, tiempo y lugar  
donde vos sabéis tenemos.»

MARGAR. Honra inútil, ya podremos  
vuestra pérdida llorar.

ALVARO. *(Ap.)* Tarde el Santelmo ha llegado  
de vuestro conocimiento.  
No tienen merecimiento  
las lágrimas en pecado;  
quien no supo prevenirse  
con imprudencia las vierte,  
porque después de la muerte  
no vale el arrepentirse:  
muerto el honor, pena es vana.  
Gente sale. Pues no he sido  
de quien me ofende sentido,  
retírame quiero.  
*(Entrase, y quédase escondido.)*

## ESCENA VI

Doña MARGARITA. Sale Doña BEATRIZ.

BEATRIZ. Hermana,  
Gonzalo Pizarro está  
con mi padre. Si te agrada  
verle (pero interesada  
eres no poco, si hará)  
ven, porque en él consideres,  
cuando desdenes asombros,  
el Aquiles de los hombres,  
el Paris de las mujeres.

MARGAR. ¡Válgame Dios! no te cabe en la boca. ¿Qué interés, cuando venga á ser todo eso, en verle yo?

BEATRIZ. Dios lo sabe. No te pesa que hable en él, que ya yo vi, así te goces, que le alabas y conoces.

MARGAR. ¿Yo? Dígalo este papel.

MARGAR. ¿Pues es suyo? Acaba ya: ¿fingimientos tú conmigo? Si tienes ese testigo donde eslabonando está finezas que alegre leas, ¿por qué fingida me engañas, ni por qué su nombre extrañas cuando en él te saboreas?

MARGAR. ¿Yo en él? En su estilo tierno.

BEATRIZ. ¡Qué bueno anda nuestro honor!

MARGAR. Conforme le muestra amor ya le sueña padre yerno. (Vase.)

## ESCENA VII

Sale DON ALVARO.

Fenecieron ya sospechas á manos de certidumbres; lo que dudaban vislumbres ven verdades satisfechas. Mintieron en Margarita ojos, donde se asomaron lisonjas que me engañaron, porque amor mal se acredita en sus niñas, que livianas, cuando esperanzas concierta, franqueando á otro la puerta desmienten por las ventanas. Gonzalo Pizarro es yerno de casa: así le llamó doña Beatriz; poseyó galán, entendido y tierno; fué estudiante, graduóse en escuelas de discreto; Ya es soldado, y al respeto de Marte, Venus rindióse. Su industria y mi negligencia le amparan la posesión, cuando sólo tengo acción en los ojos. Competencia contra quien en ella está no me promete sosiego; pero, en fin, amor es ciego, y á ciegas sentenciará. ¡Vive Dios, que he de vengarme en él de quien me agravió! En sus ojos tuve yo derechos para ampararme. Si es valiente, mis desvelos desmentirán su partido, que nunca sale vencido amor que riñe con celos. (Vase.)

## ESCENA VIII

Salen DON FRANCISCO GABEZAS, viejo, y DON GONZALO, soldado, muy galán.

FRANCISCO.

En fin, Gonzalo, malograstes cursos que en Salamanca os prometian el grado, con que honran estudiosos sus concursos.

GONZALO.

Plumas gastan el sabio y el soldado; uno en papel, el otro en el sombrero. No me llamó mi estrella á ser letrado. Condena á muerte un juez, en paz severo, y si con una pluma afrenta y mata, ¿cuánto es mejor fiársela al sombrero? La juventud que entre las hojas trata de los libros que estudia, las que afila Toledo, siempre á las hazañas grata; mientras el tiempo la vejez jubila, se emplea en travesuras y lecciones, porque en ambas sus gustos recopila. Ocasionaron las oposiciones de dos cátedras vacas competencias, que hay poco de cuestiones á cuestiones. Vizcaya (siempre amiga de pendencias) saliendo á rotular Extremadura, una noche propuso resistencias; mas yendo con nosotros la ventura, si no el valor, que no soy arrogante, dando la muerte á tres nos asegura. Murió entre éstos un célebre estudiante, hijo del Secretario que más priva con nuestro Enrique cuarto, y fué bastante su sentimiento á que el Consejo escriba despachos criminales, que comete á un juez pesquisidor, un peste viva. Este á fuego y á sangre á saco mete culpados é inocentes, porque avaro tenía la ocasión de oro del copete. No valieron con él ruegos, no amparo: destierra, echa á galeras y á justicia á diestro y á siniestro sin reparo. Huyeron el rigor de su avaricia muchos, y yo con ellos, al sagrado que halló la juventud en la milicia. Halléme en rebeldía condenado á cortar la cabeza; mas ¿qué importa, si gozo privilegios de soldado? En fin, mientras cabezas el juez corta, los hábitos repudio, galas visto, y el parche sigo, que al valor exhorta. Llego á Valladolid, y en él me alisto en favor de mi rey, que despojado de su silla, á rebeldes es mal quisto. En Avila se había coronado el Infante, su hermano (simple mozo), instando sola la razón de estado. La ambición é interés (mortal destrozo del gobierno) y la paz se disfrazaban en traje de lealtad: ¡civil rebozo! Dejo en silencio los que conspiraban contra su rey y lo que pasó en esto, que los nobles no injurian, sino alaban. Leal seguí el partido más honesto, á imitación de los Mendozas todos,

GONZALO.

No hay que hablar. Vuestras manos, señor, [beso.]

FRANCISCO.

Hágaos, Gonzalo, Dios un gran soldado.

(Vase.)

## ESCENA IX

DON GONZALO: después DON ALVARO.

GONZALO. A mi Beatriz vi al entrar y suspendióme de suerte, hermosa, que si lo advierte su padre, pudiera hallar en los ojos de los dos mi amor y su agravio escrito: pero amor no hace delito, que á hacerle no fuera dios.

(Sale don Alvaro rebozado.)

En la mitad de la calle parece que un hombre está embozado. ¿Qué querrá á tal hora y en tal calle? ¡Ah, caballero! ¿Podremos pasar?

(Don Alvaro con la espada desnuda al pecho.)

ALVARO. Podréis por aquí.

GONZALO. Jamás sin causa reñí. Templaos y no alborotemos vecinos. ¿Sabéis quién soy?

ALVARO. Sé que fuisteis Licenciado, y en licenciado habéis dado, después que informado estoy que os atrevéis al respeto del que gobierna esta casa; sé el incendio que la abrasa por vos, y sé, que indiscreto, alegando posesiones (que las guardara mejor el silencio) usurpador sois de antiguas pretensiones con más derecho adquiridas, y más cordura calladas, de quien amáis estimadas y hasta aquí correspondidas, puesto que, como estudiante, de engaños os amparéis y mentiras blasonéis como soldado arrogante. Porque el papel que escribisteis (y su dueño me entregó, quejosa de vos) sé yo, que es falso y que le fingisteis para dar celos con él á hermosuras que engañáis. Si con la espada firmáis lo que mintió el tal papel y reñís ocasionado, ya lo estáis, satisfaceos con obras, no con deseos. GONZALO. Relación falsa os ha dado la que mi papel os dió y en quien debéis de tener (si os llega á satisfacer) más jurisdicción que yo.

y la mayor nobleza, que hasta en esto, abominando los injustos modos con que se vió sin reino nuestro Enrique, mostraron ser reliquias de los godos. No queda Osorio ilustre, no Manrique, Arellano, Velasco y Acevedo que á la lealtad la vida no dedique; los Alvarez famosos de Toledo, los Cuevas de Alburquerque, y cuantos leales la batalla vencieron junto á Olmedo. Halléme en ella, honrándome señales de alférez que adquirí, si no hazañoso afortunado siempre en riesgos tales. Murió el intruso rey de un presuroso accidente mortal (Alfonso digo, engañado mancebo, no ambicioso): sus cómplices temieron el castigo, y con Enrique, en fin, reconciliados, padre le aclaman, si antes enemigo. Volvieron á triunfar siglos dorados, colgó arneses la paz, y en pretensiones libraron sus servicios los soldados. Yo, señor don Francisco, que en lecciones seis años, y uno y medio en la campaña, ya seguí las escuelas, ya pendones, mientras respira sossegando España, vuelvo á Trujillo, noble patria mía, por ver si la amistad el ocio engaña. Parecióme que en ella no cumplía con lo que os debo no viniendo á veros, si bien tardanzas disculpar podría con estorbos precisos.

FRANCISCO.

Reprenderos debiera con razón, pero ha ya un año que esta ciudad, dichosa en poseeros, otra vez os gozó: ¿conmigo extraño? mas ¿cuándo no causaron las vejeces la verde juventud, hermoso engaño? Vedme, señor Gonzalo, muchas veces, y acordaos más de mí, si sois servido, que aún tengo vivas yo vuestras niñeces: el verdadero amor que os he tenido es de padre, esto es cierto.

GONZALO.

El cielo os guarde, que yo lo estoy de lo que os he debido, y haré de estos empeños fiel alarde siempre que de vos fuere ejecutado. Dadme licencia.

FRANCISCO.

Ya parece tarde: vaya con vos una hacha.

GONZALO.

No la he usado, y es temprano, aunque noche.

FRANCISCO.

¡Hola! Con todo eso. (Llama.)

GONZALO.

No ha de ir conmigo.

FRANCISCO.

¿Ni un criado?

La antigüedad os concedo que alegáis en su servicio; porque yo soy tan novicio en su pretensión, que puedo afirmaros que no ha un año, puesto que le falte poco; creíla, que amor es loco, y la mujer nuestro engaño. Si ella mi papel desmiente y á vos crédulo os halló, ¿qué perderé en eso yo? Sólo hay un inconveniente que mal os tiene de estar, y es, que os haya dado aviso de secretos, con que quiso la industria disimular lo que la fama atropella; y si fué fácil conmigo, no he de permitir testigo que viva para ofendella: soislo ya vos, y en rigor, puesto que mudable fué, así sepultar podré

menoscabos de su honor. (Riñen.)  
ALVARO. (Dentro.) ¡Muerto soy! ¡Jesús mil ve-  
GONZALO. Así, mudable, sepulto [ces!  
livandades de tu insulto,  
puesto que no lo mereces.  
Consuela, aunque no avisada,  
olvidos de aborrecida,  
desprecios de poseída,  
mas con créditos de honrada. (Vase.)

## ESCENA X

Salen CARRIZO, CRESPO, BERTOL y PULIDA, pastores.

PULIDA. El ha de ser escribén ó sobre eso...  
CARRIZO. ¡Dalle, dalle!  
Polida, vos lleváis talle de alguna tunda. No tien de ser, si macho parís, escribén. Mira, Polida, que el crergo tien buena vida.  
PULIDA. ¿Por qué?  
CARRIZO. Porque está en un tris de ser cura de Garcias, y aun de obispar en Meajadas.  
PULIDA. Tomad para vos, si á osadas, no lo verán vuestros días. (Dale cuatro higas.)  
Escribén será, ó sobre eso morena.  
CARRIZO. Mirad, Polida...  
PULIDA. O no parirlo en mi vida, ó escribén.  
CARRIZO. Tened más seso, ó yo os juro á non de Dios que os cueste la paridura... el mochacho ha de ser cura.  
PULIDA. Malos años para vos. El diablo me lleve, amén, por más que deis en reortir, que ogaño no he de parir en no héndole escribén.

CARRIZO. Mas que nunca lo paráis, porque no ha de ser; sí, cura, que con una hisopadura coma y cene: no me hagáis...  
BERTOL. ¿Sobre qué estáis altercando? ¿Sabéis vos lo que ella tien en el vientre?  
PULIDA. A un escribén.  
BERTOL. ¿Pues de do lo váis sacando?  
PULIDA. ¿De do? Siéntole dar vueltas de día y de noche.  
BERTOL. ¿Pues bien?...  
PULIDA. Luego ha de ser escribén quien mis tripas trae revueltas. Desque preñada me siento se me antoja levantar testimuños y arañar cuanto topo: en todo miento, y en cualquiera falsedad si se conciertan conmigo, á cuantos lo dudán digo: yo doy fe de que es verdad. Un proceso sé esconder un mes por menos de un cuarto: si es tramposo antes del parto, ¿después de él qué vendrá á ser?  
CARRIZO. No nos andemos cansando: crergo tien de ser, Polida, que, en fin, ganan la comida lo más del tiempo cantando. Catá, que os dará un puñete que os haga...  
PULIDA. ¿Qué me heis de hacer?  
CARRIZO. Apenas le veo nacer cuando le encajo el bonete.  
PULIDA. Pues no le pariré yo.  
CRESPO. ¿Hay riña más extremada?  
BERTOL. ¿Y si estáis de hija preñada?  
CARRIZO. ¡Malos años! eso no. La primera condición con que nos casamos hué que cada que en cinta esté ha de parirme un garzón.  
PULIDA. Por eso no quedará, que ayer el cura me dijo: ¡ay, Polida! os bulle un hijo.  
CARRIZO. ¿Veislo? pues cura será.  
PULIDA. Luego el escribén también con la mano me tentó, y al punto el rapaz saltó: luego ha de ser escribén.  
CARRIZO. No en mis días.  
PULIDA. Sí en los míos.  
CARRIZO. ¡Dalle, tijeretas, dalle, Polida!...  
PULIDA. ¡Carrizo!...  
CARRIZO. Talle lleváis...  
CRESPO. Dejad desvaríos. ¿No es locura que riñáis por lo que está por nacer?  
PULIDA. Escribén tiene de ser, ó lo tengo de abortar.  
CARRIZO. (Va para ella.) Notien de sersino cura.  
BERTOL. Teneos.  
CARRIZO. No puedo sofrillo.  
PULIDA. O escribén, ó malparillo.

CARRIZO. Yo os sacaré la criatura por el cogote.  
PULIDA. Llegá.  
CARRIZO. ¿Que llegue? Verá si llego. (Data).  
PULIDA. ¡Ay, del rey!  
CARRIZO. ¡Mas que os despego la escribanura!  
CRESPO. ¡Arre allál Teneos, Carrizo, Polida.  
CARRIZO. Crergo ha de ser si sopiese.  
PULIDA. Escribén, aunque os repese.  
CARRIZO. Dejádmela dar.  
PULIDA. Por vida de esto que acá me rebulle, si os llegáis, que he de sacaros los ojos y rastrillaros la cara.  
CARRIZO. Aunque más barbulle el tema que loca os tien, he de salir con la mía.  
PULIDA. ¡Mas nonadal!  
BERTOL. La porfia...  
CARRIZO. Crergo dije.  
PULIDA. Yo escribén.

## ESCENA XI

Dichos y CEREZO, pastor.

CEREZO. ¿Qué esto, Carrizo? ¿estáis sin seso? Dejad extremos y ved que en casa tenemos al amo viejo: ¿no vais á darle la bienvenida?  
CARRIZO. ¿Quién?  
CEREZO. Don Francisco Cabezas, y con él las dos bellezas en que remozó su vida. Apeáronse de un coche en este instante los tres y hicieron sacar después á un mancebo, que esta noche diz que hirieron en Trujillo, y casi á la muerte está.  
CARRIZO. ¿Pues á qué le traen acá?  
CEREZO. Eso no pude advertillo; mas ellos, en fin, acaban de apearse, y preguntó el viejo por vos.  
CARRIZO. Pues vo.  
BERTOL. ¿No pudieran, si pensaban trasnochar, darnos aviso, y tovieran que cenar?  
CEREZO. ¿En la Zarza han de faltar conejos?  
CARRIZO. Tan de improvisó y casi al amanecer, ¿qué mucho que no los haya?  
CARRIZO. ¿Vo á verlos?  
PULIDA. Vaya ó no vaya, escribén tiene de ser.  
CARRIZO. ¡Oh! ¡Qué pan como unas nueces se os apareja!  
CRESPO. ¿Hay locura semejante?  
PULIDA. Escribén.

CARRIZO. Cura.  
PULIDA. Escribén quinientas veces. (Vanse.)

## ESCENA XII

Salen DON FRANCISCO y MEN GARCÍA, viejo.

FRANCIS. El crédito que de vos tuve siempre, Men García, fiándoos la hacienda mía, me obliga á que entre los dos, quedando mi honor seguro, os comunique secretos que necesitan discretos consejos, y los procuro de vuestra larga experiencia.  
GARCÍA. Ya sabéis, señor, de mí que en vuestra casa nací y que en ella y la asistencia de esta granja os he servido con limpieza y con lealtad.  
FRANCIS. Saquéos á esta soledad de noche y recién venido, porque lo que he de deciros pide todo este recato. Ya os consta á vos cómo trato mi honor yo: podré advertiros que no guarda el avariento tesoros de su ganancia, Mendo, con más vigilancia.  
GARCÍA. Si el mucho recogimiento de vuestra casa, y que en ella de padre y madre servís, pues por los dos asistís, cuidando prudente de ella, si bien no hay mucho que hacer en guardar las hermosuras de Trujillo, pues seguras aun no se permiten ver, y está en ellas vinculada la honestidad extremeña.  
FRANCIS. ¡Ay, Mendo, que la despeña la juventud desbocada! Escuchad una desgracia, qua si hasta aquí no entendida, en sabiéndose ocasiona ó mi muerte ó mis desdichas. Esta noche, cuando en luto trocaba el cielo la risa del alba, porque el sol muerto resucitaba en las Indias, apenas mandé cerrar las puertas (que una visita les permitió á tales horas lo que les niego aun de día), cuando sentado á la mesa ligera cena admitía por sucesor suyo al sueño (que la vejez ya es antigua pensión dormirse temprano, si bien las aves imita, que madruga con el alba á darle la bienvenida), á los primeros bocados, centro yo de mis dos hijas, oigo espadas en la calle; mas fué tan breve la riña